

# Etnografía para todos

Iván Gerardo Deance Bravo y Troncoso\*

Cumplidos los requisitos escolares para comenzar el proceso formal como tesista, realizaba las prácticas de campo en la Sierra Norte con grupos totonacos. En general, me había ido muy bien. Mi rudimentario totonaco había funcionado en algunos lugares y mis ya famosas frases de “¿dónde puedo ir al baño?” y “es bonita tu hermana la gorda” me daban muchas sonrisas y algunos amigos. Era yo “un antropólogo hecho y derecho”, poniendo en práctica lo que mis clases me habían dado, cruzando veredas por la sierra, “etnografiando” hermosos lugares, soñando como antropólogo y tratando de vivir como tal, si es que eso existía en realidad.

Sin embargo, un mediodía estival del lejano 2004 llegaba por primera vez a una comunidad de nombre San Pedro y una multitud se arremolinaba en torno a la presidencia de la junta auxiliar. Se escuchaban algunas consignas. De pronto, entre los gritos y murmullos, destacó la voz de un señor:

–No es justo, primero no nos deja poner el palo de volador en el patio de la iglesia y ahora quiere bardearla.

Decidí observar y esperar a que todo acabara, pero alguien de la presidencia se acercó hasta mí y me preguntó cuáles eran mis intenciones. Le expliqué mi trabajo y enseñé la carta de presentación que nos daban del proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio, del cual era becario, la misma que traía el sello del INAH. El señor regresó de inmediato a la presidencia y dijo:

–Aquí hay un señor que viene del INAH y nos va a dar respuesta.

Me llevaron al frente y siguieron las consignas:

–No es justo –dijo una señora.

–Que se vaya el padre, que nos resuelva el gobierno –agregó otro señor.

En San Pedro, al igual que en innumerables lugares de nuestro país, el templo católico tiene una antigüedad suficiente para requerir permiso del INAH al practicarse remodelaciones; el cura lo consiguió para restaurar una pared y, más allá de la remodelación, construyó una barda perimetral, la cual tapaba la calle principal por donde se tenía acceso a la presidencia de San Pedro. Un día la gente sumó su descontento y destruyó parte de la barda. El cura levantó actas y el caso fue a dar hasta la Secretaría de Gobernación, y el INAH quedó en medio.

Cada cambio de administración municipal, el cura comenzaba un nuevo conflicto y el nuevo presidente se volvía contestatario, al defender la causa de la calle. Muchas fueron las propuestas, pero ninguna de las partes quiso ceder terreno –ideológico ni físico–. Para colmo, parte de la barda estorbaba el paso de la danza de los voladores, de modo que alguien debía reparar

\* Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (ivan@deance.org.mx).



en ella para evitar que, literalmente, los voladores perdieran la cabeza.

Entre gritos y empujones me exigieron una respuesta. Les expliqué que mi trabajo era otro, que no estaba enterado del problema y que haría lo posible por informarme. La gente no se conformó y siguieron los gritos y las denuncias hacia mí. Esa noche dormí en un anexo de la presidencia que tenía pintada sobre la puerta la leyenda *TLANCHITANITA CUMPARE* –del totonaco “bienvenido, compadre”–. Así ocurrió mi bienvenida al trabajo formal antropológico. Para ellos, yo era un funcionario del Estado de quien esperaban respuesta; para mí, eran los sujetos con los cuales debía acompañar mi investigación; para ellos, mi primera noche como becario del proyecto “Etnografía” la pasaría en la cárcel del pueblo.

Para todo recién egresado o estudiante de antropología, el ejercicio de la investigación en el ramo, la práctica profesional y el futuro laboral son planes tra-

zados en una maqueta ideal: castillos en el aire llenos de éxitos y fantasías. Algunos jamás ven materializado el plan y terminan en subempleos o trabajos colaterales al diseño curricular de las carreras antropológicas y el perfil de egreso de las mismas. Sin embargo, algunos de nosotros encontramos en el proyecto *Etnografía de las Regiones Indígenas de México* en el Nuevo Milenio una oportunidad de comenzar nuestra carrera y acrecentar la formación al respecto.

Sin temor a equivocarme, las discusiones en el seminario del proyecto, así como las innumerables reuniones para la discusión de los avances y las estrategias a seguir en el desarrollo de la investigación, formaron parte crucial de mi formación como antropólogo. Trabajar al lado de grandes investigadores y colegas en vías de consolidación resultó en un aprendizaje significativo sin comparación.

Gracias al apoyo y confianza del doctor Elio Masferrer me integré al proyecto como becario, con el obje-

tivo de culminar mi tesis, aportar a la investigación del colectivo, participar en la producción editorial y extender mi formación. El equipo de Puebla estaba conformado por arqueólogos, etnólogos, etnohistoriadores y sociólogos: la multidisciplinariedad nos ofrecía una mirada caleidoscópica a la realidad que abordamos. Más adelante, mi compañera, la doctora Verónica Vázquez Valdés, se integró al proyecto.

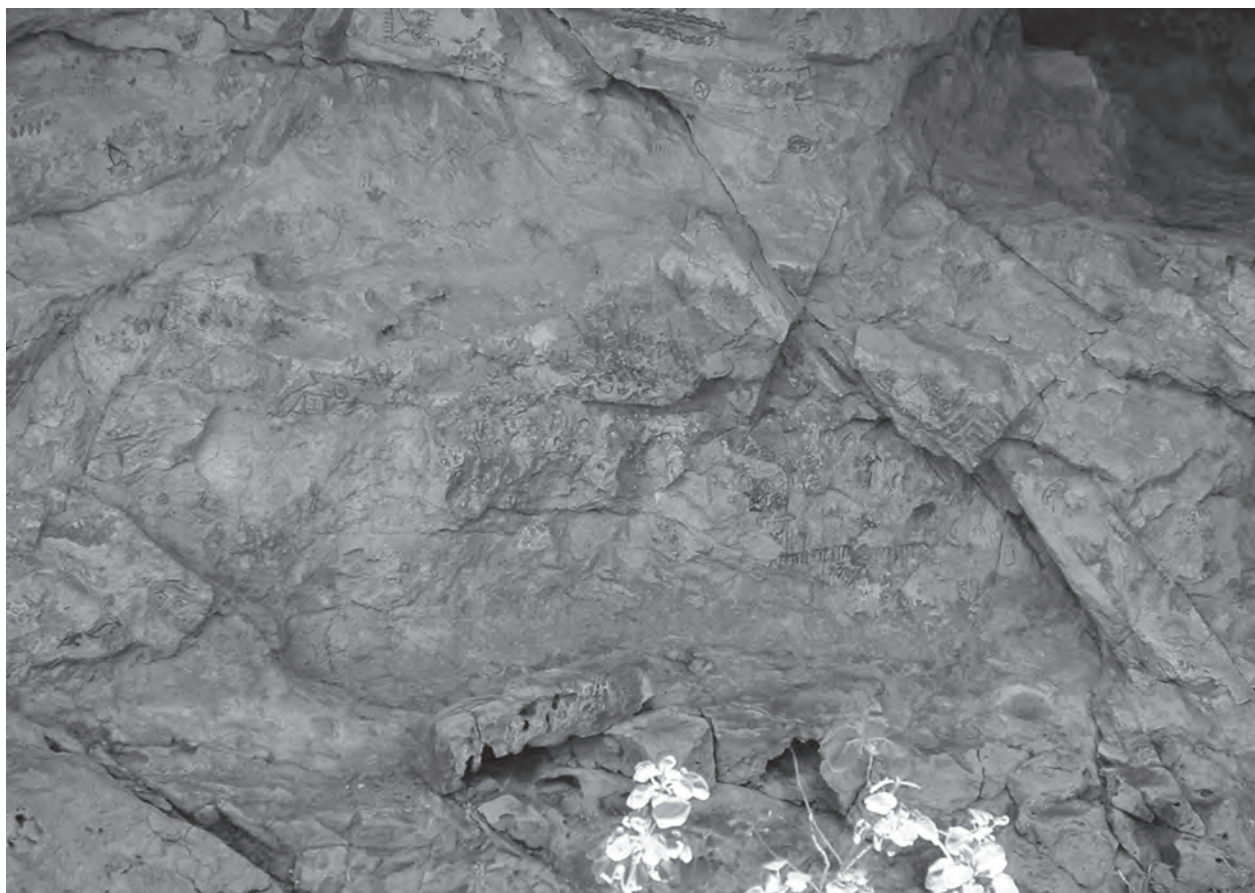
Una serie de arduas visitas al trabajo de campo, discusiones acaloradas, lecturas hasta la madrugada, viajes, congresos, exposiciones, conferencias, desveladas y, sobre todo, muchas satisfacciones, nos acompañarían a lo largo de ese tiempo. Concluido tal periodo, llegó el momento de ingresar a un posgrado de tiempo completo. Quizá uno de los recuerdos más significativos sea el de observar materializado el esfuerzo en cada uno de los textos que se fueron publicando.

Tiempo después, la doctora Margarita Nolasco me integró por una corta temporada al equipo de Chiapas. Al término de ésta, y de nuevo motivados por el proyecto, nuestra familia decidió radicar en forma permanente en la Sierra Norte de Puebla, entre los totonacos. Mientras colaborábamos en proyectos estatales

de educación intercultural, llegaron los niños, aprendimos parcialmente las lenguas regionales y nos dimos cuenta de lo alejados que estábamos de aprehender la realidad que poseen los pueblos de filiación totonaca. Luego de más de cinco años de alegrías, tristezas, fracasos, algunos logros y sobre todo mucho aprendizaje, nos retiramos a nuestro nuevo hogar, en la milenaria ciudad de Cholula.

El proyecto de etnografía a cargo de la Coordinación Nacional de Antropología del INAH ha sido para mí, para nosotros, para nuestra familia, una motivación, un espacio de reflexión, de crecimiento, aprendizaje y ejercicio profesional de la antropología. En particular nos dio una vocación y un estilo de vida. Luego de esto nada volvió a ser como antes.

Agradecidos por la oportunidad de crecer en el seno de un gremio sólido en torno a la construcción del conocimiento antropológico, ofrezco aquí un reconocimiento –a nombre de nosotros cinco– a todas aquellas personas que participaron en nuestra formación y desarrollo, tanto en el plano profesional como en el personal. Hoy, 10 años más tarde y gracias a ustedes, somos antropólogos.



Panel principal con pintura rupestre del sitio de La Pintada, tradición arqueológica, costa central, Hermosillo, Sonora  
**Fotografía** © María Elisa Villalpando Cancholla